

NARRATIVA

Ruidos en la casa

Selenco Vega

El golpe había sido al otro lado de la casa, en el cuarto del abuelo muerto. Cristina se despertó sobresaltada.

—Debes ir a ver, parece que es el gato...

—¿Eh...? ¡Ah!, no molestes...

—¡Levántate...!

—¿Yo...? Por qué yo, por qué siempre soy yo quien tiene que ir a ver. Ayer no fue nada, hoy tampoco es nada. Duérmete...

—Esta vez sí ha sido en serio. Levántate.

—No es nada. Duérmete. No hay gatos en la casa. ¡No tenemos animales...!

—¿Y si fuera el abuelo? Siempre soñamos con él, recuerda. Mejor levántate y anda a ver, para salir de dudas.

Mario, perplejo, aún con sueño en los ojos se incorporó de la cama. No quería problemas con Cristina. Se colocó las pantuflas, una bata. Tomó la linterna y salió, dando un portazo. El aire de la madrugada era gélido en esta zona de La Victoria: entraba sigilosamente por Aviación y San Pablo, arremetía con fuerza al llegar

a Canadá, se adormecía un instante al doblar por avenida México, tomaba impulso nuevamente al pasar frente al colegio Labarthe... de allí, convertido en un pequeño remolino batiente, golpeaba sin misericordia la vieja casa de Cerro El Pino, antes de perderse por las otras fachadas del vecindario.

A Mario siempre le pareció diferente su casa cuando la recorría de madrugada. De día era una vivienda como cualquiera, con sus cuartos, con su baño, con el amplio corredor por donde él se confundía con los otros rostros, cuando aún vivían. Pero de noche era distinta: las paredes se volvían frías al contacto de las manos, como un organismo vivo, tumefactas.

Y además una opresión. De niño, Mario se sentía indefenso cuando, por el motivo que fuera, se perdía en algún rincón de aquella casa que, de noche, tenía la propiedad de aturdirlo, de llenarlo de miedo con susurros que le reprochaban algo, sin saber él la causa.

Eso de niño, ahora poco le importaba.

Atravesó el largo corredor y llegó hasta el cuarto de los ruidos extraños. Apoyó una mano en la manija de la puerta, pero dudó un segundo antes de abrir: era la habitación del abuelo Pedro, el último pariente que, hasta hace poco, les quedaba a él y a Cristina.

(Lo de los sueños con el abuelo no era ninguna mentira: solía presentárseles sin boca, y les hablaba; sin manos, y los tocaba de un sueño a otro, con ese tacto húmedo que ellos tanto odiaban, sobre todo en invierno...)

Sin decidirse a abrir, por hacer algo, se puso a iluminar con la linterna las paredes y el amplio techo del corredor: el juego de luces y sombras le daba a aquel sector de la casa un aspecto inequívoco de grutas o gargantas de venas azuladas. Su madre le había contado varias veces lo difícil que había sido construir aquí: Cerro El Pino era de piedra. Los primeros pobladores, entre ellos el abuelo Pedro, debieron amansar el suelo a punta de picos y combas para levantar sus viviendas. A menudo, la tenaz resistencia del terreno obligaba al empleo de llantas que, calentadas al carbón, hacían estallar las rocas por los aires. Otras veces, en cambio, las formaciones naturales se volvían en aliadas impensadas de

los constructores, facilitándoles paredes seguras, nobles y sólidas para sus futuras viviendas: era lo que había sucedido acá. Por ello, en ciertos tramos parecía que la casa, más que construida, hubiera sido adherida al cerro, anexada a su maciza geografía.

Mario no lo pensó más y abrió la puerta de cristales del abuelo Pedro. Le hubiera gustado verlo allí, revoloteando entre sus cosas, brillante (con una luz anaranjada, se lo imaginaba él) en medio de la oscuridad del cuarto, nada más que por no ver su empresa de averiguar el origen del ruido echada a perder. Pero era un fracaso, y él así lo entendía; no había nadie allí, ni un miserable gato. Estaban los pantalones gastados, como siempre, los postizos remojando en un vaso con agua. Hasta los zapatos del abuelo seguían en su sitio, cosa nada extraña si Mario recordaba que él mismo los había puesto allí luego de lustrarlos, como se lo había prometido al anciano moribundo, quien dijo que quería seguir paseándose por aquella casa construida con sus manos.

Apagó la linterna, luego la volvió a encender, jugando a hacer intermitencias. En un rincón, agazapado como un gato, divisó una de las reliquias más antiguas de la familia: una vieja bala de cañón que el abuelo Pedro descubriera mientras levantaba los cimientos de lo que sería su casa. Durante la guerra con Chile, debido a su posición estratégica, cerro El Pino fue una de las fortalezas principales que sirvieron de defensa ante el avance enemigo. Alguna vez leyó en la biblioteca municipal de su distrito que gente importante como Manuel González Prada había combatido allí. Tanto le interesó el asunto que siguió indagando hasta que un día se topó con un texto breve del propio autor de *Páginas libres*, titulado “Impresiones de un reservista”. Se trataba de una especie de relato histórico sobre aquellos días dramáticos de 1880. En un fragmento que Mario transcribió se leía lo siguiente:

El cerro del Pino está situado a unos dos kilómetros al sur de Lima. Mandaba la batería el capitán de navío Hipólito Cáceres. La guarnición sumaba unos ciento cincuenta o doscientos hombres pertenecientes a la Reserva. Quiero decir, a los batallones enrarecidos y quedados en cuadro: formaba un curioso abigarramiento, donde capitanes y mayores habían descendido al rango de soldados. A la guarnición de

reservistas se agregaban unos cuantos oficiales de marina y algunos marineros destinados al servicio de los cañones. No faltaban militares de toda graduación: hasta dos o tres coroneles. De estos, unos dormían en el Pino, otros se iban al cerrar la noche. Ignoro para qué vinieron ni quién les mandó.

El Pino contaba con cuatro piezas: dos buenos cañones Vavasseur que habían pertenecido a la corbeta Unión y dos cañones de montaña.

Mario se quedó pensando en aquel fragmento vivencial de González Prada y se sobrecogió: no sería nada extraño que, bajo este mismo techo, algún soldado peruano (quién sabe si un antepasado suyo) hubiera caído víctima de una bala enemiga que le atravesó el corazón o la garganta. No era cualquier espacio el que pisaba ahora, se dio cuenta, con un escalofrío que le recorrió el espinazo: se trataba de un lugar de respeto, de un antiguo sitio de la muerte...

Como ya no había nada más que ver en el cuarto, Mario recordó (o fueron sus huesos los que le recordaron) que hacía frío, y un frío particularmente húmedo esa noche. Presintió las viejas voces domésticas que, como un barullo tumefacto, estarían acechándolo en el corredor de la casa, acusándolo desde niño de algo que él entonces no podía comprender, pero que ahora que lo comprendía ya no le importaba demasiado.

Además, hacía mucho frío para recordar.

Cuando llegó al cuarto común la luz estaba encendida. Cristina, con la almohada entre las manos, apretando los labios, lo miraba. Vio que Mario estaba furioso. Aun así comenzó:

Ella: ¿Hay algún gato en la casa?

Él (mirándola): No.

Ella: ¿Has revisado bien?

Él (sin apartar la mirada de su rostro): Sí.

Ella: ¿En el cuarto del abuelo?

Él: Sí. Es mejor que te duermas. No era nada.

Ella (moviendo la cabeza, incrédula): Te juro que lo oí. ¿No estaré volviéndome loca?

Él: No tengas miedo. Además, ¿a quién puede importarle que te vuelvas loca?

Ella (tomándole una mano, buscando protección): ¡A mí! ¡Me importa a mí! Y debería importarte también a ti. Después de nosotros, esta casa no es de nadie más, recuerda. Quién cuidará de nuestras cosas.

Él (zafándose, molesto): No importa. Ya duérmete. No estás loca.

Ella: ¿Sabes? En mis sueños siempre sucede lo mismo: de pronto se aparece el abuelo desde un lugar muy adentro de este cerro. Me sonrío a lo lejos y me transmite los saludos de mamá y de las dos abuelas. Lleva un uniforme blanco, muy sucio, como si fuera un soldado que volviera de la guerra. Tiene el rostro pálido, muy demacrado. Su pecho y su garganta sangran, como si estuviera herido. Aun así logra hablarme: me recuerda que nos quiere a ti y a mí muy juntos, pero luego se transforma y me maldice por impura, y me persigue por toda la casa para castigarme con el látigo de papá, o con sus manos húmedas de sangre... ¿Qué ocurre, tienes frío?

Él: No.

Ella (tomándolo de las muñecas): Sí, tienes frío. Ven, acércate. ¿Te siguen molestando las voces en el corredor?

Él (soltándose, recordando el día exacto en que su hermana abandonó su cuarto para ir a dormir al cuarto de él): Ya no me importan esas voces. ¡Ya no me importa nada en esta casa! Ni el abuelo muerto. Y sí, tengo frío...

Ella (frotándole los hombros, atrayéndolo): Ven, acércate entonces. No tengas miedo...

Él (por decir algo): No tengo miedo...

Ella (echándolo en la cama, cubriéndolo con las frazadas): ¿Sabes? Creo que mañana deberíamos conseguir un gato; es por si los golpes continúan. Así, con un gato en la casa por fin tendríamos alguien a quien culpar. ¡Oh, qué frío estás...!

Él (apagando la lámpara, zafándose): Ya duérmete. No quiero ningún gato, tú lo sabes. Duérmete...

Ella (tomándolo por la cintura, desnudándolo): No tengas miedo de mí...

Él (sintiendo que una pierna se introduce generosamente entre sus muslos, como tantas veces antes de comenzar los ruidos): Por favor, ya duérmete... Por favor...